

Escena 5

Sobre la cama, VIRGINIA cepilla el cabello de VANESSA. Pasa los dedos entre los mechones claros, deshaciendo con palabras los nudos que la enfermedad ha ido tejiendo en la noche.

VANESSA con el pesado manto de la responsabilidad, se aquieta al contacto. Gata blanca sobre colcha lila.

VANESSA.- Ojalá pudiera vivir uno de esos momentos de los que tanto hablas.

VIRGINIA.- Ya lo has vivido, has parido bebés, te has enamorado...

VANESSA.- Un momento de vida propia. Mío y de nadie más.

VIRGINIA sostiene uno de los mechones de su hermana entre los dedos y lo besa.

VANESSA.- ¿Pero a quién pertenece mi vida?

VIRGINIA.- Tu vida es tuya, qué duda cabe.

VANESSA.- Me haces daño.

VIRGINIA.- Aunque también mía.

VANESSA.- Me estás haciendo daño...

VIRGINIA.- Una parte de tu cuerpo me pertenece.

VANESSA.- ¡Me estás haciendo daño!

VIRGINIA.- ¿Tú crees que tenemos el mismo par de ojos y sólo gafas distintas?

VANESSA se revuelve. Pelean por la habitación.

VIRGINIA.- Voy a trenzarte el cabello como cuando éramos niñas y junto al fuego fantaseábamos con una mañana como hoy.

VANESSA.- Deja. No quiero emborronar ése recuerdo. Mira en lo que nos hemos

convertido.

VIRGINIA.- Éramos nosotras contra ellos. Y nadie más.

VANESSA.- Dos tontas niñitas victorianas empeñadas en vencer la desgracia.

VIRGINIA.- La reina Victoria agotó sus días sobre la mesa del té. Mi mesa está cubierta con papeles, la tuya con colores.

VANESSA.- Todo aquello... ¿De verdad ha desaparecido?

*VIRGINIA va hasta la mesa contigua, sumamente excitada la desnuda y la vuelca.
Patea la mesa. Las hojas vuelan.*

VANESSA. - Si padre nos viera...

VIRGINIA.- Voy a quebrarle una pata.

VANESSA.- Se arrancaría las barbas.

VIRGINIA.- ¡Odio todo lo que sucede en torno a la mesa!

La mesa rota gime por boca de Elisabeth Barret Browning, musa de la poesía victoriana. Sólo Virginia la oye

VIRGINIA.- Escucha.

VANESSA.- ¿El qué?

How do I love thee? Let me count the ways...

VANESSA. - ¡Suficiente!

VIRGINIA. - *I shall but love thee better after death.*

VANESSA.- ¿Qué dices?

VIRGINIA.- ¡Razón de más para escribir de pie!

VANESSA.- Virginia, detente.

VIRGINIA.- ¿Cómo? Elisabeth.

VANESSA.- ¿Elisabeth, otra reina?

VIRGINIA.- ¿Qué reina? ¿Las reinas escriben poesía?

VANESSA.- Bueno, hace unos años creíste ver al rey Eduardo entre las flores.

VIRGINIA.- Oh sí, qué vocabulario tan soez.

VANESSA.- Ginia, estabas enferma.

Virginia comienza a recoger el desaguizado.

VIRGINIA.- Sólo era un juego.

VANESSA.- Detente.

VIRGINIA.- En el que jugaba sola. *(A las hojas)* Pobres hijas mías.

VANESSA.- Ven, sigue con mi pelo.

VIRGINIA.- Tengo que escribir.

VANESSA.- Quédate. ¿Qué cantas?

VIRGINIA.- Canto.

VANESSA.- No pares.

VIRGINIA.- ¡La conoces!

VANESSA.- ¡Claro! La cantaba Julia.

VIRGINIA.- Mamá.

VANESSA.- Julia.

VIRGINIA.- Pienso en mamá todos los días.

VANESSA.- A mí me cuesta recordar... ¿De qué color eran sus ojos?

VIRGINIA.- Por favor, no llores. Mamá tenía los ojos verdes y largas manos color madera de abedul. La Muerte nos la arrebató sin permiso cuando más la necesitábamos, la necesitábamos mucho más.

VANESSA.- Padre, madre, nuestros hermanos... todos muertos. Pero supieron vivir, yo a su lado parezco más muerta aún.

VIRGINIA.- Tú no vas a morir. Nunca te vas a morir, Nessa.

VANESSA.- ¿De qué me ha servido daros tanto?

VIRGINIA.- Siempre fue así, desde el principio de los tiempos.

VANESSA.- Ginia.

VIRGINIA.- Necesitamos tu amor.

VANESSA.- ¿Y si fuera al revés? Amarías sólo el reflejo de tu propio amor.

VIRGINIA.- (...)

VANESSA.- O de tu amor propio. Olvídalo. Carezco de tu don.

VIRGINIA.- Mi don, dices.

VANESSA.- Sí, tu don. Yo no sé embaucar con la palabra.

VIRGINIA.- De qué valen las palabras con este cabello tan rubio...

VANESSA.- Y contigo, tus quejas y ese don que a todos alcanza más a nadie va.

VIRGINIA.- Mi don, y ¿mi persona? Cada día me hago más vieja ¡Tres décadas! Y sigo sin marido, sin hijos, sin un triunfo que meterme al bolsillo. Dicen que soy la mente femenina más preclara de toda Inglaterra. La mente femenina. Ni siquiera una mente. Mi condición me antecede y me presenta ante esos genios por los que sufres. A ti te aman, mientras que a mí... a mí, quizás me teman.

VANESSA.- ¿Me aman? ¿Qué es el amor?

VIRGINIA.- Si tuviera una respuesta, alguna respuesta... El amor no quiere tratos conmigo. De noche, cuando la cabeza me obliga a aferrarme al techo como un marino a la cubierta del barco agitado, intuyo que el amor se acerca y me olisquea. Percibo su aliento húmedo resbalando por el hueco de mi garganta, sus dedos firmes adentrándose en la almohada. Y cuando decido por fin, mirarlo, el amor, ése amor que a ti te sobra, se ha desvanecido.

Las hermanas se abrazan. El río fluye bajo sus pies.

VIRGINIA.- Tienes que pintarme.

VANESSA.- Pídeselo a Roger, o a Duncan o Lytton. Clive sabrá quién.

VIRGINIA.- Sólo tú.

VANESSA.- Yo.

VIRGINIA.- Para poder ser yo.

VANESSA.- ¿Y quién soy yo?

VIRGINIA.- La señora Bell. ¿Y yo?

VANESSA.- La señorita Stephen.

VIRGINIA.- Insuficiente.

VANESSA.- Virginia, la Cabra.

VIRGINIA.- Vanessa, la Santa.

VANESSA.- Nada de Santa.

VIRGINIA.- Un placer conocerla.

VANESSA.- El placer es mío.

La corriente se detiene. Sobre la cama, dos mujeres abrazadas flotan agarradas a los maderos de una mesa.